



Madrid 24 de Marzo de 1862.

SUMARIO. ARTICULOS.—Los cuatro elementos : El Agua , por don Juan Cuesta.—El Ciego y el Paralítico [poesía], por don E. Hernandez.—Historia de España: D. Alfonso III, por don A. Pirala.—Vaucluse , por doña Angela Grassi —El Rey de las ranas , por J. S. B.

GRABADOS. Un puerto de mar.—D. Alfonso III.—Fuente de Vaucluse.

LICEO DE LOS NIÑOS.

IX.

LOS CUATRO ELEMENTOS.

El Agua.

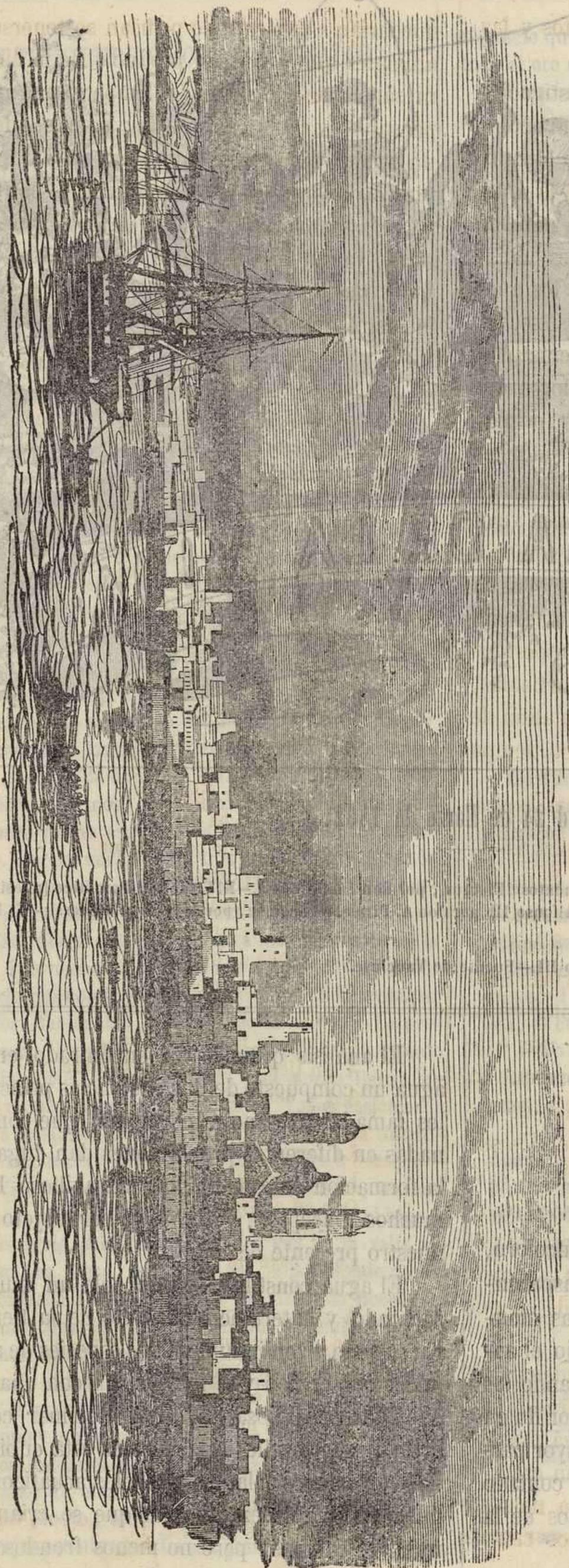
La agua un líquido incoloro, insípido, sin olor y transparente, que ya cubriendo las montañas mas elevadas bajo el aspecto de nieve, ya cruzando los valles formando rios, ya por fin en los mares componiendo la mayor parte de nuestro globo, ha sido contado con razon entre los grandes elementos de la naturaleza.

2.^a SÉRIE.—Tomo 1.

El análisis químico ha encontrado en el agua un compuesto de dos sustancias principales llamadas oxígeno é hidrógeno, que combinadas en diferentes proporciones dan lugar á la formación de este fluido, maravilloso bajo muchos conceptos, y que va á ser objeto de nuestro presente discurso.

El agua constituye por sí sola un mundo separado y enteramente distinto de la tierra. En su seno viven innumerables especies de animales que crecen y se multiplican con una fecundidad prodigiosa. El fondo del mar como el de nuestros valles mas floridos está cubierto de vegetaciones, plantas y árboles acuáticos de diferente naturaleza que las que se crían en nuestros campos, pero no menos frondosas y

NÚM. 11.



Un puerto de mar.

variadas. Multitud de fieras marinas recorren sus umbrosas selvas, y ligeros pececillos, como nuestras aves mas sencillas, se remontan en su líquida atmósfera hasta asomarse á la superficie de las ondas y tocar los límites de un mundo enteramente contrario á la figura y á las condiciones de sus órganos.

En el aire el pez se ahoga, como se ahoga en el agua todo animal terrestre; pero el pez no necesita el aire como nosotros necesitamos el agua para apagar nuestra sed y fertilizar nuestros campos.

Es verdad que el hombre no ha penetrado nunca en aquellas profundidades misteriosas donde el Océano tiene sus palacios, sus ciudades y sus imperios: que desconoce el modo de ser de aquellas regiones silenciosas, donde el gallo no presagia la aurora ni alegra con su canto la comarca: que ignora por lo tanto si en aquel mundo desconocido harán las veces de lluvia bienhechora los despojos que nuestros rios arrastran en sus corrientes para desparramarlos en los campos de la madrepora, del coral y de la perla.

Pero sabe que en el seno de las aguas habitan un sin número de especies: que en el fondo de los mares se encuentran, como en la tierra, elevadas cordilleras, valles dilatados y profundas gargantas que, imprimiendo á las aguas rumbos encontrados, forman corrientes impetuosas que mas de una vez son el escollo de nuestros navegantes, y que en esas mismas regiones tienen lugar fenómenos muy análogos á los que ocurren en la tierra, siendo

frecuentes las tormentas, los terremotos y las irrupciones volcánicas.

Pero sin gastar el tiempo en investigaciones que se salen de la índole de este artículo, y limitándonos á hacer ver el papel que el agua desempeña entre los elementos de que la antigua escuela consideraba compuesta la naturaleza, observaremos que la humedad es indispensable para el desarrollo de todos los gérmenes; que sin su auxilio las plantas se secan, tomando el aspecto de una vejez prematura; que los campos, caldeados por los calores estivales, permanecen estériles hasta las primeras lluvias del Otoño; que el agua entonces impregnando la tierra, disolviendo sus jugos y poniéndolos en contacto con las semillas vegetales depositadas en su seno, sirve de vehículo á aquellas sustancias, se introduce con ellas en sus vasos capilares, circula en forma de sávia por el interior de su parenquima, va despertando la acción orgánica en todas sus partículas, y determinando ese movimiento paulatino de desarrollo que la hace brotar en poco tiempo sobre la tierra.

Igual fenómeno se verifica con los animales, aunque de diferente manera; pues estos, dotados de un sistema de órganos, llamados de relación, porque les sirven para trasladarse de un punto á otro, no necesitan como las plantas que el agua venga á buscarlos, sino que por medio de su aparato locomotor se la proporcionan ellos, tomándola de los ríos ó de los manantiales de la tierra, siempre que la sed les advierte la necesidad que tienen de este líquido para diluir los alimentos sólidos sugeridos en el estómago, apoderarse de su sustancia y ponerlos en disposición de ser absorbidos por los vasos y entrar en el torrente general de la circulación de la sangre, adonde no podrían llegar bajo la forma sólida en que antes estaban.

Tenemos, pues, que el agua, además de constituir por sí sola un mundo separado de la tierra, y en el que viven tantas ó quizá más especies de animales y plantas que en esta, es un elemento indispensable aun para nosotros mismos. Que sin su auxilio nuestros campos

quedarían estériles y no podrían sostenerse los animales que viven del producto de la tierra, ni satisfacer una necesidad imperiosa é indispensable para su existencia; siendo además un medio de que la naturaleza se vale para templar los rigores de la temperatura extrema, ya refrescando la atmósfera de los calores del estío, ya mitigando el frío con el calórico latente que deja libre al convertirse en nieve en la estación del invierno.

JUAN CUESTA.

EL CIEGO Y EL PARALÍTICO.

A la puerta de una iglesia
 inmóvil, yerto, sin voz,
 Imploraba un paralítico
 La pública compasión.
 A breve distancia un ciego,
 Traspasado de dolor,
 — Misericordia, clamaba,
 Para quien sin luz nació!
 — Es, aquél le dijo á éste,
 No ver, desdicha mayor,
 Que vivir como un cadáver
 En perenne postración?
 Aquí me encuentra la noche,
 Aquí me sorprende el sol:
 Una cadena de hielo
 Me sujeta á este escalon.
 Si cada día no mueve
 Un alma en mi auxilio Dios,
 A un tiempo me acosan hambre,
 Sed y desesperación.—
 — Yo no veo el mar, el cielo,
 La tierra, el ave, la flor,
 La sonrisa de la anciana
 Que en el seno me llevó.
 Yo, sumido en noche oscura,
 Como nave sin timon,
 Caer temo en un abismo
 A cada paso que doy.
 Yo, de aquel que me socorre,
 La imágen, por más rigor,
 No puedo en el santuario
 Grabar de mi corazón.—
 — Pero, dime, ¿ no sería,
 Haciendo uno de los dos,
 Menos triste tu ceguera,
 Mi parálisis menor?

Hermano del hombre al hombre

Hizo quien por él murió:

Ratifique su decreto

Una vez mas el temor.

Tú has menester quien te guie,

Y quien me sostenga yo:

Hermano, anda tú por mí;

Yo por tí veré desde hoy.

Alma y cuerpo fortifica,

Como una esencia la union:

En el placer es reposo;

Es amparo en el dolor.

E. HERNANDEZ.

HISTORIA DE ESPAÑA.

ALFONSO TERCERO.

Asociado desde niño al gobierno del reino, por su padre, contaba solo 18 años cuando le sucedió en la corona por el asentimiento de los prelados y próceres. Y si faltó uno de estos, el conde Fruela de Galicia, que le usurpara la corona, fué á poco asesinado por los mismos nobles, que llamaron en seguida á Alfonso, que se habia retirado á tierra de Alava, donde tuvo despues que sofocar con las armas una sublevacion.

De ánimo brioso, aunque de pocos años, el nuevo rey de Asturias, procuró demostrar que merecia la corona que le habian dado, y eran robustos sus hombros para soportarla; emprendió la guerra contra los infieles, pasó el Duero, tomó á Salamanca y Coria, y experimentaron los musulmanes una sangrienta derrota en territorio cristiano.

Distrajéronle de estas atenciones las mas princi-

pales entonces de la nueva monarquía, los sentimientos díscolos de los vasco-navarros, con los que tuvo que transijir en parte, y mas que todo la conjuracion que contra Alfonso tramaron sus hermanos ó parientes, Fruela, Nuño, Veremundo y Odoario, á quienes castigó haciéndoles sacar los ojos, segun la ley de aquel tiempo, que, como hemos visto tanto se practicaba.

Aprovechando sin duda estas disensiones, penetraron los moros en el reino de Asturias, pero fueron derrotados en los campos de Sahagun.

Tomando despues Alfonso la ofensiva, invadió los dominios musulmanes, consiguió valiosos triunfos en Castilla y en Lusitania, y prendió en una de estas expediciones al primer ministro de Mohammed, á quien la libertad costó cien mil sueldos de oro. Corrió luego á libertar á Zamora, sitiada por los mahometanos, los derrotó en los campos de Polvararia, que quedaron tintos de sangre agarena; libertó á Zamora; se ajustaron treguas por tres años, que pidieron los vencidos, y apagó luego Alfonso los restos de una insurreccion en Astorga, obligando á su hermano Bermudo (que sin ojos, por el castigo que le impuso su hermano, aun se escapó de la prision y estuvo alimentando los enconos) á refugiarse entre los árabes, sus amigos.



Alfonso tercero

Cumplida la tregua con los infieles, prosigue Alfonso la guerra, penetra en tierras enemigas, pasa el Guadiana, llega á Sierra Morena, hollando por primera vez los cristianos aquellas cordilleras, derrota á un ejército sarraceno que le sale al paso, y regresa victorioso y con gran botin á su reino, que tuvo que defender á poco de los enemigos.

Ya no era el pequeño rincón de Asturias; ya se estendia á Zamora, Toro y Simancas, y á Búrgos, donde mandó hacer el castillo, que fué origen de este pueblo. Otros mandó construir para asegurar los límites del reino, y en el ín-

terin, y como si no hubiera sido bastante castigo el impuesto á los anteriores conjurados contra su vida y corona, descubrió que un magnate de Galicia trataba

de asesinarle, y le mandó sacar los ojos. Al año siguiente tuvo que matar á otro conspirador, y castigar despues á su viuda, que con varonil aliento continuó al frente de los sublevados.

Estos lamentables acontecimientos privaban á Alfonso de obtener nuevos triunfos, y sin faltar á la tregua ajustada con el emir de Córdoba, como entre los musulmanes ardía encarnizada la guerra civil, no regian para unos las treguas que se pactaban para otros, y así pudo conseguir Alfonso otra vez un grande triunfo en los campos de Zamora, en cuyas almenas y puertas se clavaron multitud de cabezas musulmanas.

No satisfecho el rey de Asturias con este triunfo, llevó sus victoriosas armas sobre Toledo, teniéndole que dar sus habitantes una gran suma de dinero para que se retirara, lo cual hizo tomando al paso algunos castillos.

Acertadamente empleaba el fruto de estas expediciones fomentando el reino, y cuando mas ocupada tenia su solicitud este cuidado, se le sublevaron sus propios hijos y su misma mujer; se encendió la guerra civil, y condolido Alfonso de que padecieran sus súbditos, reunió á su familia y á los grandes del reino, y renunció ante ellos un cetro que tan gloriosamente habia empuñado, y se reservó solo á Zamora. Antes de retirarse á ella quiso visitar el sepulcro del apóstol Santiago, halló en Astorga al regresar á su hijo García, le pidió el magnánimo Alfonso le permitiese pelear antes de morir con los infieles, y con el ardor de un jóven entró en tierras musulmanas, incendiando y destruyendo cuanto encontró al paso, y con gran botin y muchos cautivos volvió triunfante á Zamora; enfermó á poco, y falleció el 19 de Diciembre de 910, á los 62 años de edad.

Tal fué Alfonso III, á quien la historia apellida el *Magno*, y lo fué por sus hechos, que solo hemos podido citar, porque nos ocuparia demasiado, aun el presentar esos mismos hechos con toda la estension que es necesaria para apreciarlos debidamente.

A. PIBALA.

VAUCLUSE.

Vaucluse, no es tan solo uno de esos nombres consagrados eternamente por el encanto de hermosos versos, y á los cuales ha sabido rodear de un mágico prestigio la imaginacion y el genio de los poetas, es tambien un sitio delicioso, cuya belleza real y positiva llena el alma de gratas impresiones, y su célebre fuente, sin igualar las maravillas de los Alpes ni sus magnificencias, consigue sin embargo hacerlas presentir al afortunado viajero que se dirige á visitarlas,

y obtiene una mirada de pesar del que se aleja de aquellos lugares, en donde la espléndida naturaleza despliega todos sus portentos.

A doce kilómetros de Aviñon, un semicírculo de peñascos, cortados á pico y de una elevacion prodigiosa, cerrando repentinamente el sinuoso valle de Vancluse, obliga al viajero, aun al menos amante de lo bello, á detenerse, para admirar la calma y la frescura del paisaje que le rodea.

En la parte inferior y central de esta muralla de rocas, y al pié de una montaña de aspecto triste y salvaje, se abre, hundiéndose en la oscuridad, una gruta de cerca de 32 metros de latitud, al nivel del suelo, y que debe ser sin duda muy profunda, pues su longitud llega á 19 metros, bajo el arco irregular que forma su bóveda.

De esta bóveda, impenetrable á las miradas de los hombres, pero cuya caprichosa estructura, majestuoso silencio y fresco ambiente, encantan desde luego los sentidos, surjen los manantiales, que no bastando á contenerlos el profundo estanque, construido por la misma naturaleza con los agrupados peñascos, se estienden por la llanura, formando una magnífica sábana de agua, inmóvil en la apariencia, aquí y allá verde ó negra, como el interior de la gruta, y segun es mas ó menos sombrío el follaje que cubre sus paredes, pero por todas partes transparentes, y á los piés del viajero, pura y deslumbradora, como el rayo de la luz que juguetea entre sus hebras argentinas. Esta es la *fuelle de Vaucluse*.

Esta fuente, ó por mejor decir, este hermoso lago en miniatura, se alimenta por medio de invisibles manantiales, y se derrama sin ruido por conductos igualmente subterráneos, en una quebrada, desde donde toma el nombre de la Sorgue, curso de agua bastante considerable para poder llamarse rio, y ser navegable á muy poca distancia, engruesado por otros manantiales que se ven surgir aquí y allá en sus dos orillas.

Solo en cierta época del año, despues de los deshielos, siendo las aguas de la fuente mas abundantes, salen á borbotones de la caverna, se desbordan por encima de las rocas que constituyen el estanque, y forman un gran número de pequeñas cascadas, que se precipitan murmurando en el cáuce del rio.

Los aldeanos de los alrededores hacen notar con grave candidez, que las aguas de Vaucluse, *nonasté aigo*, como dicen ellos en su dialecto, además de ser excelentes é incorruptibles, se deslizan tan rápidamente sobre las rocas, que ni siquiera tienen tiempo de enmohecerlas y cubrirlas de musgo. *Ha pas lou tém, ha pas lou tém.*

Fuente apacible, que modesta y pura,
Sufre, que arroyos mil, en su desdoro,
Derramen por la espléndida llanura
De sus aguas fecundas el tesoro.

Y obtiene una mirada de pasar del que se deja de
 aquellos lugares, en donde la esplanada naturaliza
 de las plazas sus portentos, y el pavimento de
 un semicírculo de
 la elevación proli-
 de un valle de
 de

de ascensando, y le manda sacar los ojos. Al año si-
 guiente tuvo que huir a otro conquisador, y casti-
 gar después a su viuda, que con varios alientos
 al frente de las



Fuente de Vaucluse.

Y la tierra sedienta van cruzando,
Cubriéndola de perlas cristalinas;
En bosques de follaje transformando
Las agrupadas y ásperas colinas.

Y así ostenta do quier sus ricos dones
La comarca mas bella y seductora,
Que el Dios de las variadas estaciones
Desde el azul cénit con rayos dora.

Pero el recuerdo para siempre ya inseparable de estos hermosos lugares, es la estancia que hizo en ellos el Petrarca. Es á la vida de este gran poeta y á su genio inmortal, á quien es preciso preguntar el secreto de la celebridad y de los hechizos de Vaucluse: es á todos aquellos versos sublimes é inspirados, que hicieron las delicias de nuestra Europa y constituyeron su gloria, cuando despertándose, despues de la prolongada noche de la edad media, deslumbrada con los primeros fulgores del renacimiento, se sintió feliz y orgullosa de poder contestar con cantos armoniosos á los bardos de la antigüedad, y oponer el Dante á Homero, y á Virgilio el Petrarca.

El prestigio fué inmenso, tanto á un lado como al otro de los montes, pues en el siglo XVIII aun resonaba el eco de su fama, y no solamente Rousseau, este otro hijo afortunado de los Alpes, repitió sin cesar y en todos sus escritos los versos del Petrarca, sino hasta Voltaire se sorprendió un dia á sí mismo traduciendo la inimitable cancion:

Chiare, fresche é dolci acque.

La libre imitacion que hizo de ella (1) es muy linda; pero se echa de menos cierto inimitable candor y cierta piadosa uncion, que solo posée la voz inspirada del Petrarca.

En el fondo del valle, lejos del humo y del ruido de las fábricas, recientemente establecidas en las márgenes del Sorgues, y á cien pasos de distancia de la fuente, los campesinos enseñan con santa veneracion al viajero la cúspide de un peñasco en donde estuvo asentada la casa del Petrarca, y de la cual en el siglo anterior aun se veian las ruinas.

Y esa mujer angelical y tan celebrada; esa Laura, espejo misterioso de una adoracion pura y eterna, que fué para nuestro poeta, lo que Beatriz habia sido para el Dante, cuando aun era niño, es decir, un mito, una aparicion celeste, que se hubiera podido creer de todo punto ideal, tanto fué arrebatadora y suspirada; esa inefable revelacion de la invisible belleza y del amor que no se estingue; esa Laura, en sentir de los que creen que habitó la tierra, vivia no lejos de allí; en un castillo asentado sobre otra eminencia, separada tan solo por un riente valle de la modesta villa del Petrarca (2).

[1] Publicada en el *Essai sur les meurs* del mismo autor.

[2] La Academia de Aviñon ha hecho construir cerca de la fuente un monumento, en conmemoracion de Laura y del Petrarca. (Notas del T.)

Cuéntase que fué en Aviñon, cuya ciudad visitó cuando aun era casi un adolescente, en compañía de su padre, antiguo compañero de proscripcion del Dante, en donde el laureado poeta vió por primera vez á la hermosa Laura de Noves, esposa del conde de Sade, señor de Vaucluse.

Pero para hacer comprender toda la influencia de este simple encuentro en la vida del Petrarca; la exaltacion mística del poeta por Laura y por Vaucluse; las excesivas alabanzas que ha prodigado á ambas; su solemne triunfo, y la gloria sin igual de que gozó por largo tiempo en Europa, es preciso recordar lo que era entonces para toda la Italia el cantor de Beatriz; el alto rango que ocupaba en todos los paises cultos la ciudad y la córte pontifical de Aviñon; y sobre todo cuáles habian sido las costumbres de los provenzales y la poesía de los trovadores en los siglos XII y XIII.—(Traduccion.)

ANGELA GRASSI.

EL REY DE LAS RANAS.

Cuento de Grimm.

En aquellos tiempos, en que las esperanzas llegaban algunas veces á ser hechos positivos, vivia un rey cuyas hijas eran todas muy hermosas, pero la mas pequeña era mas hermosa que el mismo sol, que cuando la veia se admiraba de reflejarse en su rostro. Cerca del palacio del rey habia un bosque grande y espeso, y en el bosque, bajo un viejo tilo, habia una fuente; cuando hacia mucho calor iba la hija del rey al bosque y se sentaba á la orilla de la fresca fuente, y de que pensaba estar mucho tiempo, llevaba una bola de oro, la tiraba á lo alto y la volvía á coger, siendo este su juego favorito.

Peró sucedió una vez que la bola de oro de la hija del rey no cayó en sus manos cuando la tiró á lo alto, sino que fué á parar al suelo y de allí rodó al agua. La hija del rey la siguió con la vista, pero la bola desapareció y la fuente era muy honda, tan honda que no se veia su fondo. Entonces comenzó á llorar, y lloraba cada vez mas alto y no podia consolarse. Y mientras se lamentaba así, la dijo una voz:—Qué tienes hija del rey que te lamentas de modo que puedes enternecer á una piedra?—Miró entonces á su alrededor de donde salia la voz, y vió una rana que sacaba del agua su asquerosa cabeza.—Ah! eres tú vieja azota-charcos, la dijo; lloro por mi bola de oro que se me ha caído en la fuente.—Tranquilízate y no llores, la contestó la rana, yo puedo sacártela, pero qué me das si te devuelvo tu juguete?—Lo que me pidas, querida rana, la dijo, mis vestidos, mis perlas y piedras preciosas, y hasta la corona de oro que llevo sobre mi cabeza.—La rana contestó: De nada me sirven tus vestidos, tus

perlas y piedras preciosas, ni tu corona de oro; pero si me prometes amarme y tenerme á tu lado como amiga y compañera en tus juegos, sentarme contigo á tu mesa, darme de beber en tu copa de oro, de comer en tu plato y acostarme en tu cama, yo bajaré al fondo de la fuente y te traeré tu bola de oro.—Ah! la dijo, te prometo todo lo que quieras si me devuelves mi bola de oro.—Pues pensó para sí:—Cómo charla esa pobre rana! por qué canta en el agua entre sus iguales, se la figura que puede ser compañera de los hombres!—

La rana, en cuanto hubo recibido la promesa, hundió su cabeza en el agua, bajó al fondo, y un rato despues apareció de nuevo con la bola en la boca, que arrojó en la yerba. La hija del rey, llena de alegría en cuanto vió su hermoso juguete, le cogió y se marchó con él saltando y brincando.—Espera, espera, la gritó la rana, llévame contigo, yo no puedo correr como tú.—Pero de poco la valió gritar lo mas alto que pudo, pues la princesa no la hizo caso, corrió á su casa, y olvidó muy pronto á la pobre rana, que tuvo que quedarse en su fuente.

Al otro dia, cuando se sentó á la mesa con el rey y los cortesanos, y cuando comia en su plato de oro, oyó subir una cosa por la escalera de mármol, y de que llegó arriba, llamó á la puerta y dijo:—Hija del rey, la mas pequeña, ábreme.—Se levantó la princesa y quiso ver quien estaba fuera, pero en cuanto abrió vió á la rana en su presencia. Cerró la puerta corriendo, se sentó en seguida á la mesa y se puso muy triste. El rey al ver su tristeza la preguntó:—Qué tienes, hija mia? Hay algun gigante á la puerta que viene á llevarte?—Ah! no, contestó, no es ningun gigante, sino una fea rana.—Qué te quiere la rana?—A y amado padre, cuando yo estaba ayer jugando en el bosque junto á la fuente, se me cayó en el agua mi bola de oro. Y como yo lloraba, fué á buscarla la rana, prometiéndola antes que si me la cogia, seria mi compañera, pero nunca creí que pudiera salir del agua. Ahora ha salido ya y quiere entrar.—Entretanto, la rana llamaba por segunda vez diciendo:—Hija del rey, la mas pequeña, ábreme, no te acuerdas de lo que me prometiste ayer junto á la fuente? Hija del rey, la mas pequeña, ábreme!—Entonces dijo el rey:—Debes cumplirla lo que la has prometido, vé y ábrela.—Fué y abrió la puerta y entró la rana, yendo siempre junto á sus piés hasta llegar á su silla. Se paró allí y dijo:—Pónme encima de tí.—La niña vaciló hasta que se lo mandó su padre.—Pero en cuanto la rana estuvo ya en la silla, quiso subir encima de la mesa, y de que la puso allí, dijo:—Ahora, acércame tu plato de oro para que podamos comer juntas.—Hízolo en seguida, pero se vió bien que no lo hacia de buena gana. La rana comió mucho, pero dejaba casi la mitad de cada bocado. Al fin dijo:—Estoy harta y cansada, llévame á tu

cuartito y échame en tu cama y dormiremos juntas. La hija del rey comenzó á llorar, recelando que no podria descansar al lado de la fria rana, que queria dormir en su hermoso y limpio lecho.—Pero el rey se incomodó y dijo:—No debes despreciar al que te ayudó cuando te hallabas necesitada.—Entonces la cojió con sus dos dedos, la llevó y la puso en un rincón.—Pero en cuanto estuvo en su cama, se acercó la rana arrastrando y dijo:—Estoy cansada, quiero dormir tambien como tú, súbeme ó se lo cuento á tu padre.—La princesa se incomodó entonces mucho, y la cogió y la tiró contra la pared con todas sus fuerzas.—Ahora descansarás, rana asquerosa!

Pero cuando cayó al suelo, la rana se convirtió en el hijo de un rey con ojos hermosos y amables; desde entonces por la voluntad de su padre fué su querido compañero y esposo, y la refirió que habia sido encantado por una mala hechicera, que nadie sino ella sola podia sacarle de la fuente, y que al otro dia se marcharian á su pais. Entonces durmieron hasta la mañana siguiente, y en cuanto salió el sol se metieron en un coche tirado por siete caballos blancos, que llevaban plumas blancas en la cabeza y tenian por riendas cadenas de oro, detrás iba el criado del jóven rey, que era el fiel Enrique. El fiel Enrique se habia afligido tanto cuando su señor fué convertido en rana, que se puso tres varillas de hierro encima del corazon para que no saltase de dolor y de pena. Pero el jóven rey debia hacer el viaje en su coche; el fiel Enrique subió despues de ellos, se colocó detrás, é iba lleno de alegría por la libertad de su amo. Y cuando hubieron andado un poco del camino, oyó el hijo del rey una cosa que sonaba detrás como si se rompiera algo. Entonces se volvió y dijo:

—Enrique, ¿se ha roto el coche?—

—No, señor, no se rompió,
es tan solo una varilla
de las que en mi corazon,
para impedir se saltase
por la pena y el dolor,
puse mientras en la fuente
estabais cual rana vos.—

Todavía volvió á sonar otra vez, y otra vez en el camino, y el hijo del rey creia siempre que se rompía el coche, y eran las varillas que saltaban del corazon del fiel Enrique, porque su señor era libre y feliz.

(Traducido del original.) J. S. B.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1862.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.